

LIBRO I

CAPÍTULO I.

Mitología.—Los cuatro soles cosmogónicos.—Opiniones.—El quinto sol.—Pirámides de Teotihuacan.—Edad del mundo.—Más tradiciones.

LA mitología (de *mythos*, fábula, y *logos*, discurso), no es un conocimiento de vana curiosidad. Forma parte de la historia, relatando, si bien en manera enigmática, los grandes cataclismos del mundo ó las hazañas de los hombres distinguidos; pertenece á la religion al enumerar los hechos de los dioses y su culto; corresponde á la moral en tanto que explica las reglas de conducta á que los creyentes se sujetan; cae bajo el dominio de la filosofía, al juzgar por las leyendas del estado de adelanto alcanzado por el pueblo que las adopta. Necesidad ó simple especulacion urgen al hombre para darse cuenta de los objetos que le rodean. Impaciente por explicarlo todo, cuando no alcanza la solucion de un problema, inventa una hipótesis; si el hecho está fuera de la observacion, si la inteligencia no puede entenderle, ni aún siquiera definirle, ó bien le niega con pretenciosa indiferencia, ó se conforma con un mito de su propia cosecha, tanto más apreciable para él cuanto más confuso y enredado es. Las cuestiones que más le importan son las relacionadas con su persona. ¿De dónde viene? ¿Cuál es su destino en este mundo? ¿Qué término habrá más allá del sepulcro? Su vida en el planeta la arregla por la religion, las leyes y las costumbres; en cuan-

to á lo demas, presa de su propia ceguedad, da rienda suelta á la imaginacion, y á falta de verdades reconocidas, se conforma con mentiras manifiestas.

La mitología mexicana comienza naturalmente por los orígenes de los dioses, de la creacion y del género humano. La primera leyenda, bien bella por cierto, se refiere á los cuatro soles cosmogónicos. Los autores no van conformes en el orden sucesivo de esos soles, ni en su número; aunque están acordes en los hechos mismos. Cuentan los unos, haber habido tres pretéritos y estar en uno de presente, es decir, cuatro; otros señalan cuatro pasados y uno actual, esto es, cinco: en cuanto al tiempo, varían entre períodos cortos ó muy prolongados. (1) Las causas de esta confusion son varias, asignando entre ellas la incuria de los copiantes de opiniones ajenas; la ignorancia en las pinturas jeroglíficas; la errada idea de corregir por racionios y consideraciones los hechos acontecidos, enmendando la plana á los escritores indígenas á fuer de ser ellos hombres civilizados: no pequeña parte en el embrollo tienen, quienes por dar novedad á sus escritos, sacan á relucir sistemas no abonados por la verdad y áun tal vez mentirosos inventos.

Adoptamos la version conservada por el Códice Vaticano: (2) es un documento auténtico, que debe ser preferido en el laberinto de las opiniones, y que cuenta en su apoyo algunas de las más respetables de los autores nacionales: seguimos tambien, aunque en parte, la explicacion que acompaña á la pintura (3). “Examinando en Roma el *Cod. Vaticanus*, núm. 3,738, dice Humboldt, (4) copiado en 1566 por el religioso dominico Pedro de los Rios, encontré el dibujo mexicano representado en la lám. XXVI. Este monumento histórico es tanto más curioso, cuanto que indica la duracion de cada edad por medio de signos cuyo valor cono-

(1) Ixtlilxochitl, Sumaria relac. de la hist. gen., MS.—Boturini, Idea de una nueva hist. gen., pág. 3.—Clavigero, hist. antig., tom. I, pág. 265.—Veytia, hist. antig., tom. I, pág. 33.—Gomara, segunda parte, cap. CLXXXII.—Gama, § 62, pág. 94.—Humboldt, Vues des cordillères, tom. II, pág. 118. &c., &c.

(2) A copy of a Mexican manuscript, preserved in the Library of the Vatican: 149 pages. Marked No 3,738. Kingsborough, tom. II.

(3) Spiegazione delle tavole del Codice Mexicano, che si conserva nella Biblioteca Vaticana, Al no. 3,738. MS. Kingsborough, tom. V. pág. 159 y sig.

(4) Vues des Cordillères, tom. II, pág. 118.

mos. En el comentario del P. Rios está enteramente confundido el orden en el cual se han sucedido las catástrofes, pues el diluvio que es la última, está considerada como la primera. El mismo error se encuentra en las obras de Gomara, de Clavigero (*) y de la mayor parte de los autores españoles, que olvidando que los mexicanos colocaban sus jeroglíficos de derecha á izquierda, comenzando por la parte inferior de la página, invirtieron necesariamente el orden de las cuatro destrucciones del mundo. Indicaré el orden seguido en la pintura mexicana de la biblioteca del Vaticano, y como se dice en una muy curiosa historia escrita en lengua azteca, cuyos fragmentos fueron conservados por el indio Fernando de Alba Ixtlilxochitl (**). El testimonio de un autor indígena y la copia de una pintura mexicana, hecha en México poco tiempo despues de la conquista, merecen sin duda más confianza que la relacion de los historiadores españoles. La discordancia proveniente de la causa acabada de indicar, sólo influye en el orden de las destrucciones, porque las circunstancias de cada una están referidas de la manera más uniforme por Gomara, Pedro de los Rios, Ixtlilxochitl, Clavigero y Gama.”

El comentador del Códice Vaticano coloca las destrucciones en esta forma: 1º, Atonatiuh ó sol de agua; 2º, Ehecatonatiuh ó sol de aire; 3º, Tletonatiuh ó sol de fuego; 4º, Tlaltonatiuh ó sol de tierra: este es el orden verdadero. Humboldt, guiado por las consideraciones que expone, invierte la colocacion en este modo: Tlaltonatiuh, Tletonatiuh, Ehecatonatiuh, Atonatiuh, lo cual no va de acuerdo con el MS. azteca citado por Gama, que pone Tlaltonatiuh, Ehecatonatiuh, Tletonatiuh, Atonatiuh, ni conforme tampoco con Ixtlilxochitl, quien escribe Atonatiuh, Tlaltonatiuh, Ehecatonatiuh, Tletonatiuh, si bien cambia esta secuela en otra de sus relaciones. Si Humboldt no tiene justicia en estos asertos, la alcanza de sobra al asentar la manera de ser leída una página jeroglífica; pero si la regla es general, tiene la excepcion de cuando el relato va seguido en línea recta, y áun de izquierda á derecha, como acontece en la pintura sincrónica de Tepechpan, y otras. El Códice Vaticano es una de estas excepciones. Además el cambio se ha hecho intencionalmente por aquellos escritores,

(*) Storia antica del Messico, tom. II, pág. 57.

(**) Gama, § 62, pág. 97. Boturini, Cat. del Museo, § VIII, núm. 13.

que impulsados del deseo cristiano, en manera alguna autorizado, de ajustar las tradiciones indias con las verdades bíblicas, no titubearon en llevar al último lugar el Atonatiuh para hacerlo coincidir con el diluvio de Noé. Delante de la pintura original, del documento auténtico, desaparece todo linaje de consideraciones; la página relata la genuina tradición del pueblo á que pertenece; la lectura propia es la dada por el comentador.

“Entre todos los rasgos de analogía, prosigue Humboldt, (1) observados en los monumentos, en las costumbres y en las tradiciones de los pueblos de Asia y de América, el más palpable es el presentado por la mitología mexicana, en la ficción cosmogónica de las destrucciones y de las regeneraciones periódicas del universo. Se remonta hasta la más alta antigüedad esa ficción, que suponiendo la materia indestructible y atribuyendo al espacio lo que parece pertenecer solo al tiempo, liga la sucesión de ciertos grandes ciclos á la idea de la renovación del mundo. Los libros sagrados de los hindus, principalmente los *Bhágavata Purána*, hablan ya de las cuatro edades y de los *pralayas* ó cataclismos que en diversas épocas hicieron perecer la especie humana. (*) Existe en la mesa del Tibet (**) una tradición de cinco edades, análoga á la de los mexicanos. Si es verdad que esta ficción astrológica, trasformada en base de un sistema particular de cosmogonía, nació en el Hindostan, es también probable que de ahí pasara á los pueblos occidentales, por el Iran y la Caldea. No puede desconocerse la semejanza entre la tradición hindú de los *yugas* y de los *kalpas*, los ciclos de los habitantes antiguos de Etruria, y esa serie de generaciones destruidas, caracterizadas por Hesiodo bajo el emblema de los cuatro metales.”

En efecto, la analogía es palpable: veámoslo.

El primer sol, más bien edad, época, se nombra *Atonatiuh*, de *atl*, agua, y *tonatiuh*, sol: sonando el compuesto, sol de agua, diluvio, ó como quiere Boturini, *primer curso solar que destruyeron las aguas*. Según el dominicano Rios, llamóse el período *Conixutal*, “che vuol dire la testa bianca.” La pintura del Códice

(1) Loco cit.

(*) Hamilton y Langles, Catalogue des Manuscrits sanskrits de la Bibl. impér., p. 13. Rech. asiatiques, Tom. II, pág. 171. Moor, Hindu Pantheon, p. 27 et 101.

(**) Georgi, Alphab. Tibetanum, p. 220.

Vaticano está compuesta del símbolo *atl*, reconocible en el color azul y los apéndices terminados en pequeños círculos concéntricos. Dentro del agua se distingue el símbolo *calli*, casa, con un hombre sacando el brazo y la cabeza, para significar la sumersión de los edificios y sus moradores; se ven nadando dos peces, no tanto porque éstos sean los habitantes del líquido elemento, cuanto porque, según la tradición, los hombres quedaron convertidos en *Tlacamichin*, personas pescados. Flota al medio de las aguas un madero ahuecado, *acalli*, canoa, según lo indican las hojas, conteniendo un hombre y una mujer, el único par privilegiado, escapado al peligro, guardando el fuego del hogar: según el comentario, la barca estaba construida de un tronco de *ahuehuatl*. Preside el cataclismo la diosa Matlalcueye ó Chalchiuhtlicue, con sus atributos del agua y de las lluvias, cual si bajara del cielo conducida por el rayo. El día en que aconteció la inundación, fué el señalado con el signo *matlactli atl*: el valor del período va marcado con los caracteres numerales; cada círculo mayor terminado por una especie de pluma, vale cuatrocientos; cada circulillo menor, indica una unidad: así la duración de la época fué de 4,008 años.

La segunda edad es *Ehecatonatiuh*, de *ehecatl*, viento, y *tonatiuh*; suena, sol de viento ó terminado por los vientos: Rios le llama “*Conextuque*, y *etas aurea*.” En la parte superior de la pintura aparece el símbolo *tonatiuh*, en solo una mitad, denotando que el sol está menguado ó roto; lleva una cauda en forma de culebra, presagio del desastre y atributo de Quetzalcoatl. Este dios, cual si saliera del astro, saca la cabeza y los brazos, llevando en las manos sus signos característicos, el báculo y un manojo de plumas de *quetzalli*. Nótese cuatro cabezas fantásticas, símbolo de *ehecatl*, significando que los vientos se desencadenaron de los cuatro puntos cardinales, así como las líneas formando ya cuadriláteros, ya figuras abiertas de tres lados, que el soplo varió en todas direcciones. Las líneas amarillas, de puntos y recurvas, simbolizan los remolinos formados por el polvo. En medio de este desorden se agitan los monos, en que, según la tradición, fueron convertidos los hombres. Dentro de una gruta conversan tranquilamente un hombre y una mujer, el par privilegiado escapado á la furia de los huracanes que destruyeron el género humano; salváronse ellos y también el fuego del hogar. Aconteció el ca-

taclismo en el signo *ehecatli*, habiendo durado el período 4,010 años.

Tletonatiuh de *tletl*, fuego: sol de fuego, ó tercera edad; llamada por Rios, "Tzonchichiltuque, che vuol dire l'Età colorata ó rossa." Presenta la estampa una figura semejante á la seccion de una olla de barro, *comitl*, tomada del cuello á la boca; termina por los lados opuestos laterales por unas fajas curvas, símbolo de *tlalli*, tierra, distinguible en los cuadriláteros alternados de diversos colores acompañados de hojas de plantas. El campo del dibujo es rojo, dando á entender el conjunto, que la tierra se ha abierto en profundas grietas, en cuyo fondo hierve el fuego subterráneo como en un puchero, y el líquido encendido se derrama sobre la superficie exterior: en este cataclismo pereció el género humano al embate de las erupciones volcánicas y de lluvias de fuego. En medio de la abra se distingue al dios Xiuhtecuhtli Tletl, el fuego señor del año, saliendo del cráter de un volcan, lanzando con ambas manos hacia la tierra la lluvia de fuego; síguele la cauda cometaria del fuego y del rayo, présago del desastre. En la parte ménos atormentada se ve repetido dos veces el mímico *calli*, atravesado por unas yerbas, avisando que sobre los edificios destruidos brotó la vegetacion. Vuelan los pájaros azorados y con el pico abierto; son los únicos animales presentes en el cuadro. Dentro de una gruta, llenos de espanto, cual lo indica su color amarillo, conversan la mujer y el hombre, salvados únicamente de la espantosa catástrofe. Aconteció en el signo *chiconahui olin*, nueve movimientos, y duró la edad 4,804 años.

Tlalttonatiuh, de *tlalli*, tierra; sol de tierra, cuarta y última edad, denominada por Rios, "Età delli capelli neri." La tierra no produjo los acostumbrados frutos, y los hombres perecieron de hambre. El dibujo asume una figura triangular, terminada lateralmente por un cordón ó torzal de los tallos de las plantas trepadoras con hojas y flores. La diosa Xochiquetzal, flores de *quetzalli*, baja impelida de lo alto y empuña las flores terminales de los cordones, cual si los llevara hacia los hombres: esta divinidad era especialmente venerada como diosa de los amores, y durante el mes Quecholli le sacrificaban muchas doncellas (1). Arriba de la divinidad se notan unas semillas arrojando hojas y flores, cual si terminada ya la esterilidad volviera el suelo á producir

(1) Torquemada, lib. X, cap XXXV.

sus sazonados frutos. Véanse á la derecha un hombre y una mujer, llevando en la una mano flores ó frutos, y en la otra una bandera; Humboldt (1) dice ser un instrumento cortante; no, la bandera como carácter numeral significa veinte, y en este caso, podría decir que igual número era el de las parejas salvadas, ó bien que los frutos habían sido recojidos veinte años despues de la esterilidad; y pudiera tambien ser signo de fiesta y regocijo como en el mes Panquetzalitzli, nombre derivado de *panlli*, bandera. Una sola figura de hombre, con los mismos objetos en las manos, viene como á incorporarse con la pareja del lado opuesto. Duró esta edad 5,206 años (2).

Conforme á esta leyenda el mundo fué creado en un año *ce tecpatl*. *Tecpatl*, pedernal ó sílex, es el símbolo del fuego; en este signo salió el mundo del caos; no se dice si por voluntad y poderío de los dioses, si bien se comprende haber sido de esta manera, segun las pinturas mismas que hacen presidir á las divinidades en los diversos cataclismos. *Ce tecpatl*, es el principio del tiempo y de la cronología. Tampoco se dice cuando fuera creado el hombre, aunque se advierte que sufrió de presente el rigor de aquellas plagas. Cuatro veces la humanidad fué destruida por grandes cataclismos; primero, por un diluvio en que perecen los seres, á excepcion de un hombre y de una mujer, padres de la nueva humanidad; despues por grandes huracanes que todo lo arrasan, salvándose el matrimonio que repoblará el mundo; grandes erupciones volcánicas remueven la corteza del planeta, destruyen tercera vez la especie humana, salvándose todavía el par destinado á perpetuar las razas; por último, la tierra niega sus frutos, se estremece al impulso de los terremotos, y viene á terminar las revoluciones del mundo. Estas renovaciones periódicas se verifican por el agua, el aire, el fuego y la tierra; los cuatro elementos constitutivos de todas las cosas, no solo en las creencias de los pueblos americanos, sino tambien en las de los pueblos civilizados del antiguo mundo.

Cuatro soles fueron extinguidos por las divinidades á las cuales estaban consagrados los elementos. Segun lo que de las pinturas se desprende, tres veces pereció el género humano, y otras

(1) Vues des Cordillères, pág. 124.

(2) Véase Anales del Museo Nacional, tom. 1, pág. 359 y siguientes.

tantas fué repoblada la tierra por la pareja salvada del cataclismo. En el cuarto período no sucedió así; además del hombre y de la mujer, tal vez de veinte familias, como pueden indicarlo las banderas, quedaron aún otros habitantes. Si en las anteriores pinturas hay designio de explicar una catástrofe, en la última se ve el intento de poner á la vista una escena alegre; los colores del cuadro son agradables, preside la diosa Xochiquetzal de los lícitos amores. Más bien que á conmemorar la calamidad del hambre, parece dirigida á señalar el término de la esterilidad de la tierra. Según los estudios hechos por mi amigo Alfredo Chavero, este sol postrero, más bien época cosmogónica, conmemora la destrucción del reino de Tollan, acabado por la peste, el hambre y la guerra.

“Las cuatro edades designadas bajo el nombre de soles, dice Humboldt (1) componen un total de 18,028 años, es decir, seis mil años más que las cuatro edades persas descritas en el Zend-Avesta (*). No veo indicado en parte alguna cuántos fueron los años transcurridos desde el diluvio de Coxcox hasta el sacrificio de Tlalixco, ó hasta la reforma del calendario azteca; sea cual fuere la relacion que se les atribuya, resulta siempre que los mexicanos daban al mundo una duracion de más de veinte mil años. Esta duracion contrasta sin duda con el gran período de los hindus que cuenta 4.320,000 años, y sobre todo con la ficcion cosmogónica de los tibetanos, según la cual la especie humana cuenta ya diez y ocho evoluciones, compuesta cada una de muchos *padri* expresados por cantidades de sesenta y dos cifras: (***) sin embargo, muy notable es encontrar en un pueblo americano los días y los años en que el mundo sufrió grandes catástrofes, hace más de veinte siglos, por el mismo sistema de calendario usado á la llegada de Cortés.”

D. Antonio de Leon y Gama, (2) siguiendo la version de un Ms. mexicano, dice: “Creyeron que el sol había muerto cuatro veces, ó que hubo cuatro soles, que habían acabado en otros tantos tiempos ó edades; y que el quinto sol era el que actualmente los alumbraba. Contaban por primera edad ó duracion del pri-

(1) Loco cit., pág. 128.

(*) Anquetil, Zend-Avesta, tomo II, pág. 352.

(**) Alphab. Tibet., pág. 472.

(2) Descrip. de las piedras, primera parte, núm. 62, pág. 94.

mer sol 676 años, al fin de los cuales, en uno nombrado *ce acatl*, estando el sol en el signo *nahui ocelotl*, se destruyeron los hombres faltándoles las semillas y demas mantenimientos, y fueron muertos y comidos por los tigres ó *tecuaní*, que eran unos animales feroces; acabando con ellos juntamente el primer sol, cuya destrucción duró el tiempo de 13 años. La segunda edad y fin del segundo sol, fingieron que había sido estando éste en el signo *nahui checatl*, en que unos furiosos vientos arrancaron los árboles, demolieron las casas y se llevaron á los hombres, de los cuales quedaron algunos convertidos en monas; y que esta segunda destrucción aconteció en el año *ce tecpatl* á los 364 de la primera, y en el referido día *nahui checatl*. En otro año nombrado también *ce tecpatl*, habiendo pasado otros 312 años de la segunda destrucción, dicen que sucedió la tercera y fin del tercero sol, estando éste en el signo *nahui quiahuitl*, en que fueron destruidos con fuego y convertidos en aves. Y finalmente la cuarta vez, en que fingieron haber acabado el cuarto sol, fué en el Diluvio, en que perecieron los hombres sumergidos dentro del agua; los que supusieron haberse convertido en pescados del mar; y esta destrucción dicen que fué á los 52 años de la tercera, en uno nombrado *ce calli*, y en el día nombrado *nahui atl*.”

Los cuatro soles en este escrito terminaron por la tierra, el viento, el fuego y el agua; el período total se eleva á 1,404 años. Comparado con el órden de los soles y el período de 18,028 años admitidos por el Códice Vaticano, la diferencia es enorme. La verdadera tradicion es la del Códice. El escritor mexicano trastornó los soles para dejar como postrero el diluvio, y rebajó el valor de los signos cronográficos, porque medroso de los tiempos en que vivía y urgido por la enseñanza religiosa, nada se atrevió á decir contra las doctrinas cristianas. Pero el período máximo y el mínimo tienen el mismo fundamento; ninguno de ellos puede ser admitido como verdad incontrovertible.

La leyenda más genuina acerca de la creacion del quinto sol, es la recogida por el P. Sahagun (1). “Decían que ántes que hubiese día en el mundo, que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama Teutioacan, (que es el pueblo de San Juan entre Chiconauhtlan y Otumba), dijeron los unos á los otros: “dioses,

(1) Lib. VII, cap. II, tom. II, pág. 246.